

Grupo de Trabajo de Convergencia Síntoma – sinthôme en la EFLA.

Apostando a hacer de estos encuentros una serie, nos encontraremos el sábado 12 de julio a las 10 hs. en la Efla para poner en circulación algunas de las cuestiones que venimos trabajando en torno a la articulación entre síntoma – sinthôme. Consideramos que será esta una actividad introductoria al tema. Trataremos de dar cuenta de la especificidad clínica del psicoanálisis, abordaremos el estatuto del síntoma para el mismo a diferencia de otras prácticas; y buscaremos avanzar en las cuestiones respecto del pasaje del síntoma como nombre del padre al más allá... sinthôme. Situar la formalización del síntoma, identificar el síntoma y dejar trazadas preguntas, las que cada uno va pudiendo formular, respecto del sinthôme: identificación al síntoma, suplencia, el límite de la metáfora.

Participan del encuentro Analia Batista (Escuela Sigmund Freud de Rosario), Amalia Cazeaux (Escuela Freud – Lacan de La Plata), Rodrigo Echalecu (Escuela Freud – Lacan de la Plata), Ursula Kirsch (Escuela Freudiana de la Argentina), Ilda Rodríguez (Mayéutica, Institución Psicoanalítica), Noemi Sirota (Escuela Freudiana de la Argentina).

Un paciente sufre, consulta a un analista, quien escuchará esa demanda y los significantes que la bordean. Devuelve esas palabras, las pone en cuestión y así va logrando, paso a paso, que su paciente siga hablando y llegará, inclusive, a pedir explícitamente asociaciones, con el objetivo, podríamos decir nosotros, de que ese padecimiento se transforme en síntoma.

Ahora, ¿qué es un síntoma?

No se trata aquí de la queja ni del sufrimiento que ella conlleva, ni de los males ni de los achaques, ni siquiera de la desdicha o de la enfermedad que cualquier padecimiento puede implicarle a alguien. Cuando nos preguntamos por el estatuto del síntoma en psicoanálisis solemos encontrarnos diciendo que es una de las formaciones del inconsciente, que es uno de los nombres del padre que Lacan escribe en RSI cuando lo simbólico inmixiona en lo real.

El síntoma es heterogéneo, híbrido, las partes que lo componen no están hechas solo de significantes, la otra estofa del síntoma encuentra su rivera en el goce, se encarna en el cuerpo erógeno, en la opacidad de las voluptuosidades, pero su verdad singular está hecha de palabras que cifran lo imposible. En esto encuentra su razón de ser que un analista propicie, de innumerables maneras, que el paciente siga hablando hasta arribar a la letra, al litoral entre saber y goce.

El síntoma constituye en sí uno de los fundamentos estructurales, junto a la inhibición y la angustia, de la neurosis. Pero el síntoma no solo es eso, también se trata en él del retorno de lo reprimido y de lo que resta de la operación de la metáfora, porque el padre también goza y por supuesto que tiene sus síntomas! La metáfora implicará el error porque su eficacia no es absoluta.

Como vemos, podemos referirnos al síntoma de innumerables maneras. Les propongo que lo articulemos hoy a uno de los conceptos fundamentales del psicoanálisis: el de transferencia.

¿Por qué?

Porque constatamos en nuestra práctica clínica que sólo tiene eficacia una interpretación cuando el síntoma se articula en transferencia. Ya no se trata del padecer, o en todo caso no sólo de eso, también nos encontramos con que el síntoma divide al sujeto, llegará inclusive a interrogarlo. Y eso se ha tornado posible porque atrás de todo ese “biombo”, está la escucha de un analista. Es con un analista el asunto, no con cualquiera, aunque el significante sí pueda ser cualquiera: sólo con aquel analista que ha logrado producir una torsión en la demanda, desmalezarla hasta la producción de los significantes unarios del deseo.

El analista formará parte, entonces, del concepto de inconsciente, porque *algo* “engancha” la serie de los significantes a ese significante cualquiera representado por el analista cuando Lacan formaliza, vía el significante de la transferencia, en la Proposición del 9 de Octubre, lo que sucede en la entrada al análisis, con la constitución de la transferencia simbólica y al final con la disolución real de la misma.

Podemos decir así, que el síntoma se articula como una pregunta en transferencia, dirigida al analista y que entre el síntoma y la transferencia existe un nexo importante.

Ahora, si planteamos que el síntoma es una escritura y que en transferencia se la puede descifrar a partir de ponerlo a hablar, podríamos preguntarnos qué especificidad tiene esa escritura del síntoma. Porque Lacan, a su vez, habla de escritura en el seminario 23 “El *sinthôme*” cuando nos propone que este cuarto nudo es también una escritura.

¿Qué diferencia a una escritura sintomática, como formación del inconsciente o como nombre del padre de una escritura *sinthômática*, como el cuarto que anuda la estructura y al que Lacan llama *sinthôme*?

Si al inicio del análisis está la transferencia, donde se efectúa un golpe de anudamiento que nos hace hablar de la puesta del síntoma en transferencia a partir de identificarlo, ¿cómo podríamos pensar al final del análisis, habiendo logrado la escritura de un *sinthôme*, junto a la disolución de la transferencia? ¿Ya no habría más síntomas? O en todo caso: ¿la escritura del *sinthôme* suplantaría a la escritura del síntoma como formación del inconsciente?

Podríamos decir entonces, que síntoma y transferencia se atraen sobre un “punto nodal” que abre al saber del inconsciente, el síntoma como escritura podrá ser leído en transferencia y hasta llegar a advertir el sujeto, a partir de su lectura y sus decires que, en ocasiones, se hace representar por el síntoma, a veces por el sueño o hasta por el olvido mismo, rasgo que representa al sujeto en tanto recurso, apelando al síntoma como barrera al goce.

Analizar el síntoma, hacerlo entrar en el juego poético del saber inconsciente, tendrá efectos sobre el goce del síntoma y hasta sobre el padecimiento mismo de aquella queja de los inicios. Así, podríamos decir, que no es lo mismo una fobia a la lluvia, que deja al sujeto amurallado para frenar el goce, que llegar a asociar en análisis, la lluvia con “lo desesperanzador, lo apocalíptico, lo bueno que se termina y que desemboca en el mal tiempo,

en el mal clima". ¿Qué hace el sujeto con esa ganancia de saber que, como dijimos, impacta directamente en el goce?

Entiendo que va *escribiendo el sinthôme* en el análisis, pero no en cualquier punto sino ahí donde ese saber muerde al goce, en el punto en que se articula a una verdad subjetiva. ¿Cómo lo hace?

Si el sujeto lleva adelante su acto, advertido de su síntoma en el marco del fantasma y de la inexistencia del Otro, irá escribiendo con esas letras nuevas combinaciones hasta llegar a lo que Lacan llama un saber hacer con el síntoma, más allá del padre pero sirviéndose de las letras de otro modo, podríamos decir, realizando una nueva escritura del goce, no tan podrido de inhibición, síntoma y angustia como únicos recursos, no tan mancillado por el goce del fantasma derivado directamente del nombre del padre, haciéndose el analizante padre del propio nombre y eso no podría tratarse de otra cosa que de una nueva escritura.

Claro que esa escritura podría ser espontánea, como en el caso de Joyce, "que alcanzó con su arte el cuarto término llamado *sinthôme*" (pag 38) y que lo hace decir a Lacan que "el goce es lo que podemos atrapar en su texto". La escritura y su soporte real, el escrito, resultan necesarios para Joyce suplir, a través de ese artificio, una falla en el anudamiento de los registros, un recurso escritural distinto al del nombre del padre, más bien un artificio escritural en lo real.

Rodrigo Echalecu